



---

## *Orígenes de una nueva generación política*

---

● No sólo brutalidades vituperables, daños que acongojan, abusos que indignan y huellas que son un baldón, traen las guerras extranjeras; también suelen acarrear por venires.

Dícese esto último por lo que concierne a México; porque de los choques con el ejército invasor de Estados Unidos, no obstante los golpes sufridos por los mexicanos, nació

<sup>2185</sup> Vide, Sria. de Relaciones, *Algunos Documentos*, Méx., 1930

<sup>2186</sup> Vide, Wayne Moquin, *Documentary History*, N. York, 1971

un estado defensivo y tuvieron raigambre los sentimientos patrióticos y comenzó a vivirse una era de nacionalidad, aunque reducida ésta a la gente capaz de hacer opinión.

Anterior a tal mentalidad la amenaza que siempre se consideró para México, concretizada en el espíritu de expansión de los europeos establecidos en la república septentrional, fue tenido como cosa fácil de vencer; porque si se había triunfado sobre España que figuraba entre las potencias universales, ¿por qué no derrotar a los noramericanos?

Esta pregunta emanaba de la ignorancia nacional; pues si es cierto que del grupo selecto siempre salían voces de alerta sobre el poderío del Norte, y se ponía como ejemplo lo sucedido en Texas, el país estimó lo sucedido como un grosero y fortuito acontecimiento.

Además, faltaba a los mexicanos la evolución de la unidad y consolidación patriótica, prueba de ello es que solamente cuando los invasores llegaron a las puertas de la capital quedó olvidado el partidismo, sobrepasada la discriminación de barrios, reconsiderada la condición de los galeotes y sometida la vanidad de la burguesía. Frente a las bocas de fuego del enemigo, los ricos pensaron en la destructibilidad de sus inmuebles; los pobres en la servidumbre al extranjero.

Operó un fenómeno más: el principio de una nueva clase capitana de México. Intuitivamente se culpó a la generación del 1821 de no haber tenido la previsión ni las agallas para derrotar al invasor; también de la impreparación de la juventud, no como partido u organismo, antes como talento y cultura para lo por venir. La generación del 1821 únicamente pensaba en sí misma y se creía capaz de pilotear al país por un siglo, sin hacer memoria de que su preparación — como siempre sucede con las generaciones — no poseía más que un límite de años.

Así, la juventud del 1845, esto es de los días preguerreros, estaba acostumbrada a la vagancia y a todas las flaquezas del cuerpo. Por otra parte, mientras que los jóvenes

de la capital rodaba por la vida excelsa, en los estados o departamentos, dejando a un lado a la pequeña minoría privilegiada, la juventud estaba ligada a la pobreza insondable y con ello al atraso.

Tanto era el alejamiento de las nuevas generaciones del teatro político mexicano, que el ejército carecía de oficialidad. La que existía correspondía también a los hombres del 1821; y si alguna responsabilidad tuvieron don Antonio López de Santa Anna, don Anastasio Bustamante, don Manuel Gómez Pedraza, don Nicolás Bravo, don José Joaquín Herrera y demás caudillos de la primera mitad del siglo XIX, fue la de no educar en la previsión a la juventud.

Esta, pues, unida por las circunstancias del 1847 y de los capítulos que se sucedieron, se debió a sí misma. El autodidactismo constituyó la cuna de los politólogos que renegaron de Santa Anna y asociados, y de lo acaecido en torno a éste; fue también el que preparó el futuro conocido con el nombre de *Reforma*.

Por último, debióse a la guerra que los norteamericanos trajeron a la república la desaparición de las luchas entre centralistas y federalistas, *moderados* y *puros* y de la extinción de los partidarios de la paz y guerra. Estos últimos, inflamados por el patriotismo, despertados a las funciones públicas y creyendo en el legado a la posteridad, sepultaron la memoria antibélica y organizaron nuevas entidades con un fondo básico y racional de ideas. Así surgieron los partidos liberal y conservador, aquél asiéndose a la república; éste a la monarquía.

Del tablado político fueron desapareciendo personajes como don Andrés Quintana Roo, don Carlos Ma. Bustamante, don Manuel Gómez Pedraza, don José Ma. Bocanegra, don José Ma. Gutiérrez de Estrada, don Manuel Crescencio Rejón, don Juan B. Morales, don Juan Rodríguez Puebla, don Manuel Peña y Peña, don Isidro Gondra, don Manuel Baranda.

En agonía quedaron don Antonio López de Santa Anna, don Lucas Alamán, don José Joaquín Pesado, don Manuel Díez de Bonilla, don Valentín Gómez Farías, don José Ma. Tornel, don Francisco M. Olaguibel, don Juan Alvarez.

El cielo político de México se cubrió con los nombres de nuevos sujetos: don Melchor Ocampo, don Benito Juárez, don Ponciano Arriaga, don Manuel Ruiz, don José Ma. Iglesias, don Juan Antonio de la Fuente, don Sebastián y don Miguel Lerdo de Tejada, don Pelagio Labastida y Dávalos, don León Guzmán, don Ezequiel Montes, don Guillermo Prieto, don Vicente Riva Palacio, don Ignacio Aguilar y Marocho, don Francisco Zarco, don Francisco J. Miranda.

Nació la generación política del 1847 en el fragor de la guerra y tuvo al oído la monstruosa acusación de traidor a la patria hecha al general López de Santa Anna. De aquí la repetición de tan infamante imputación. Además, la logicidad política demandaba que una *nueva* generación hiciera afrentosa a la anterior, por lo cual resultó repulsiva la del 1821.

Sin embargo hubo en ésta tanta reprobación a la sangre, tanta honestidad personal, tanta devoción a la religión católica y tanto amor a la Independencia que todo esto sobresalía a los errores de mando y gobierno.

Además, no advirtieron los caudillos del 21 —y de lo mismo acusan a los del 47— que la gran masa de la población mexicana no evolucionaba al compás de sus directores. De esta suerte en la posguerra con la nación septentrional, la mayoría del país permaneció aevolucionada, y de aquí su misonéismo y su desdén hacia el Estado.

Ahora bien: es incuestionable que los hombres del 47 llegaban a la arena política mejor preparados que los del 21. Estos no sabían más que de los movimientos y disciplinas castrenses; y ello desde los niveles inferiores. En cambio, en aquéllos campeaban las ideas.

Los liberales creían en las tres clásicas libertades: libertad política, libertad económica y libertad religiosa. Los conservadores sólo consideraban el orden, la religión y los fueros.

Para los primeros la base de una estructura política estaba en la república federal y representativa. Para los segundos el Estado ideal era la monarquía; y hacia ese punto, durante años, mientras hacían trabajos preparatorios, se dirigieron todos sus esfuerzos.

El desarrollo del pensamiento monárquico en México durante la primera mitad del siglo XIX, más que despertar una lucha de ideas, como era lo conducente, dio lugar a una serie de intrigas a las que no fueron ajenas las cortes extranjeras<sup>2187</sup>, y en las que se vieron envueltos no pocos caudillos de la política nacional<sup>2188</sup>, y entre éstos don Lucas Alamán y don Mariano Paredes y Arrillaga.

De Alamán no existían noticias precisas de su pensar monárquico, ahora que don José Ma. Gutiérrez de Estrada le atribuyó una carta que publicó en 1865, en la que Alamán decía: "Perdidos somos sin remedio si la Europa no viene en nuestro auxilio"<sup>2189</sup>; asimismo se le hizo responsable de un artículo anónimo en favor de la monarquía, publicado en *El Tiempo*<sup>2190</sup>.

Si la idea de restablecer una monarquía en México era detestable para los republicanos, no podía ser tenida como una deslealtad al país. La Constitución protegía la libertad de pensar. Así y todo la lucha entre las dos formas de gobierno tuvo características condenables por la razón, pues, no es posible imputar a los monárquicos enemistad para México. Sus pensamientos estaban basados en el derecho del bienestar patrio. Los errores serán siempre objeto de crítica; pero de ninguna manera merecen ser condenados, como

<sup>2187</sup> Jorge Flores D., "Estudio Preliminar", en *Juan Nepomuceno Pereda*, Méx., 1964, p. 150 y ss.

<sup>2188</sup> J. M. Gutiérrez de Estrada, *México y el Archiduque*, Paris, 1865, p. 20

<sup>2189</sup> *Ibidem*

<sup>2190</sup> A. García Cubas, *El Libro de mis Recuerdos*, Méx., 1904, p. 484 y ss.

tampoco son censurables los deseos de Luis Felipe y de la reina de España al abrigar ensueños en favor de nobles parientes <sup>2191</sup>, que tendrían un largo intermedio con el derrocamiento del rey de Francia, en 1848.

Ahora bien: si la idea monárquica estaba marginada de la política nacional <sup>2192</sup>, se debía a que habiendo sido la Independencia un triunfo sobre la monarquía española, ese sistema de gobierno quedó estigmatizado dentro de la mentalidad mexicana. Monarquía quería decir repetición de los males producidos por la Dominación, y los mexicanos a partir de la caída del imperio agustiniano, sólo creían encontrar su felicidad en la República.

De aquí la vehemencia con que ésta fue siempre defendida; y ello no únicamente por la *élite*, antes también por el vulgo. Así este asistiría con gran contento al nacimiento de una nueva generación política, a la que intuitivamente se le daba el lugar de defensa valiente y resuelta de la república. Los monárquicos no advirtieron ese feliz entendimiento; feliz, porque gracias al mismo, México hallaría el ancho camino de la vocación política y constitucional, aunque no al de su pleno bienestar.